

Polvo. Humo. Ruido. Gente gritando. Gente gritando histéricamente. Cables sueltos. Oscuridad.

A mi alrededor sólo veo eso. Ni siquiera me veo a mí. Mis piernas y mi brazo derecho están atrapados bajo un trozo de pared. ¿Qué ha pasado? No encuentro mi Ipod. Estaba en el metro y de repente esto, ni siquiera sé si ha sido una explosión ¿Dónde está mi Ipod.

No puedo buscarlo, mis brazos no reaccionan.

El griterío va bajando. Las cosas siguen cayendo. Al menos estoy protegida por una puerta de metro que está encima de mí.

Grito, lloro, combino ambas cosas.

-¡Hola...hola!

Nada. Veo que hay gente. Gente inmóvil. Gente huyendo. Gente atrapada como yo. Pero nadie acude en mi ayuda.

-¡Por favor! ¡Ayuda!

Tranquila, tranquila. Todo pasará, es sólo cuestión de tiempo para que lleguen los bomberos.

Una parte del techo se desprende y cae muy cerca de donde me encuentro.

O para que muera.

Cierro los ojos y pienso en lo que estaba escuchando ¿Era *Queen* o *Iron Maiden*? Me concentro pero el susto ha hecho que me olvide.

-No, ¡no! Necesito saberlo, ¡necesito acordarme!

-Perdón, ¿quién hay ahí?

Una voz de hombre. La más grave que han escuchado mis oídos nunca.

-Dios, hola ¿está usted bien?

-Pues, sólo tendría que sentir mi cuerpo para estarlo.

A pesar de sus palabras pesimistas, me anima saber que no voy a estar sola esperando.

-¿Se...señor?

-¿Si?

-¿Podría hacerme compañía, es decir, hablarme? Tengo miedo.

-Por supuesto.

-Bien. Gracias.

-¿Cómo se llama?

-Ciara

-Yo Rodrigo.

-Encantada. Siento no poder darle la mano.

Espero que no se lo haya tomado a mal y que mi chiste no le haya parecido inapropiado.

-Igualmente.

Me siento muy mal. Creo que voy a vomitar. Pero si lo hago mi estómago quedará vacío y no puedo comer. No pienso vomitar.

-Ciara, ¿qué ha pasado?

-No lo sé. Estaba escuchando música cuando, ¿no habrá visto usted mi Ipod verdad?

-No, lo siento.

-Tranquilo, Es que si lo tuviese, el tiempo se me pasaría más rápido y...

-Y me dejaría de lado. ¡Por favor no me deje! No soporto el silencio, ya hay suficiente silencio en mi casa. ¡Hábleme!

-Perdone, no quería...

Me callo. Prefiero no saber que ha ocurrido en su casa que le ha afectado tanto. Ahora mismo no necesito penas ni desgracias.

-Mi hija menor murió.

-No tenía que decirme nada.

-Pero quiero. Al fin y al cabo no espero volver a verle. Además, no conoce mi aspecto por este muro que nos separa. Me da igual que sepa mis secretos. No sabe quien soy.

-Entonces, ¿puedo preguntarle algo?

-Si

-¿Qué le sucedió?

-Tenía tuberculosis. Llevaba ya demasiado tiempo. Visitamos a varios médicos en diversas ciudades. Todos esos inútiles decían que no había nada que hacer. ¡Estúpidos! Sólo querían quitarnos dinero.

Tose. Tose muy fuerte. Temo que el hecho de gritar cuando uno tiene los pulmones aplastados no es apropiado. Espero a que se recupere y su silencio me lo confirma.

-No debería hablar.

-¡Calle! Necesito hacerlo. No entiende que es la única manera de que todo pase más rápido y de... mire, sino sé que me quedaré aquí para siempre y mis hijos me necesitan.

-¿Tiene más?

-Dos. Mellizos. Sin madre, sin tíos, sin nadie más.

Me los imagino. A dos niños jugando con su padre y a esos mismos niños vestidos de luto en la celda de un orfanato.

-Yo no soy de las que da esperanza, pero le prometo que no dejaré que se calle. Y menos que si en ese caso fuera, olvidasen su cuerpo aquí abajo.

-Gracias.

-De nada.

¿Cómo me atrevo a prometer algo, sin saber si yo voy a levantarme? Lo único que quiero ahora mismo es mi música. Pero en su lugar tengo que prometer a desconocidos cosas. Me quedo meditando en silencio.

-Ciara, despierte.

-Sólo estaba, pensando.

-¿En qué pensaba?

-En la maratón del mes que viene.

-¿Va a participar?

-Iba.

-Ah, claro.

-Gracias por no ser de los que dan esperanza.

-No hay de qué. Son como los abogados.

-¿Odia usted a los abogados?

-Soy juez. Digamos que tengo mis derechos. Miles de ellos animan a sus clientes en una lucha inútil. Yo mismo me despreciaba en mis tiempos. ¿Y qué hay de usted?

-Estudió. Ingeniería industrial. Pero también me dedico a realizar voluntariados.

-Qué bonito.

-Si.

-¿Ha salido alguna vez del país por ello?

-Que va, sólo tengo veinte años. Me dedico a los pequeños voluntariados, ya sabe, visitar residencias, comedores sociales, hospitales.

-¿Veinte años? Su voz me indica más.

-Gracias, supongo.

Lo veo, mi Ipod. Está a unos dos metros de mí. Más cerca de Rodrigo, diría yo.

-Eh, Rodrigo ¿llega a ese aparato?

-¿Cuál?

-El de al lado de los restos de raíl. A mí derecha.

-No sé cuál es su derecha y aunque lo supiese no puedo moverme.

Hablamos. Hablamos de nuestras vidas, más o menos. Cada vez me siento peor.

-Creo que me voy a dormir, no resisto más.

-No Rodrigo, manténgase despierto, ¿Rodrigo?

No responde. Insisto pero creo que se ha quedado inconsciente. Espero que se haya quedado inconsciente. Yo también tengo sueño. ¿Cuánto llevo esperando, una hora, dos?

Estoy en un concierto. La gente baila. La gente se mueve. Respira, Levanta los brazos.

-¡Ah!

Me despierto. Al fondo veo una cosa. ¿Una luz quizá? ¡Una luz!

-¡Una luz! ¡Ayuda! ¡Aquí, por favor!

Se acercan. Ya me han visto. Empiezan a sacar la puerta que está encima de mí. Los bloques, los restos del metro. Me colocan en la espalda de uno de ellos. Antes de desaparecer por el túnel con ellos digo:

-Detrás, del muro.

Era evidente que me encontraría en un hospital al despertarme. No me sorprende. Buscó el botón de ayuda y en seguida acude una enfermera.

-¿Dónde está Rodrigo? ¿El hombre que venía conmigo?

-¿Es su padre?

-No.

-Está, despierto. Agotado pero despierto. Creo que ha perdido un brazo definitivamente, pero continúa vivo. ¿Y usted, cómo se encuentra?

-Fenomenal.

Vuelvo a dormirme, No sueño. Veo todo blanco. Sólo blanco. Es como el cielo, pero no hay ni un mísero punto.

Alguien me despierta. Es mi familia. Están llorando. Me dan cariños y me preguntan que tal estoy. Dicen que he dormido dos días, debido al cansancio de mi cuerpo. Cuando voy a coger un vaso de agua, reparo en lo que hay en mi mesa. Una nota en la que pone.

“Espero que esto haya llegado a tus manos Ciara. Logré convencer para que lo buscaran. Recupérate, Rodrigo”

Mi Ipod.

ÉRIKA MONTAÑO PARREÑO